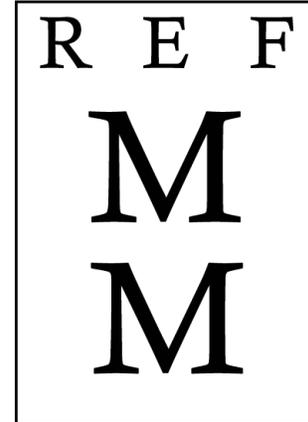


Creencias, deseos y memorias sobre la disciplina y el control

Pablo Martín Méndez^Φ

Universidad Nacional de Lanús, Argentina

pablomartinmendez@hotmail.com



Resumen

Como parte de un proceso de investigación centrado en el problema del tránsito entre las “sociedades disciplinarias” y las “sociedades de control”, el presente artículo recurre a los estudios de Gabriel Tarde, Michel Foucault y Gilles Deleuze para señalar las especificidades que definen respectivamente a ambos tipos de sociedades. El recorrido propuesto comienza abordando el hecho fundamental de que toda sociedad se constituye como tal mediante la “incitación” y la “imitación” de creencias y deseos, es decir, mediante contagios psíquicos que se suscitan y propagan a través flujos y movimientos moleculares. Esta premisa conducirá a advertir entonces la posibilidad de que la disciplina y el control se presenten precisamente como dos modalidades diferentes de ejercicio y de funcionamiento del poder cuyo objetivo común consiste sin embargo en garantizar la propagación de ciertos flujos y corrientes de imitación. Ahora bien, mientras que el poder disciplinario realizará ese objetivo interviniendo primero en los cuerpos e implementando luego operaciones de moldeado tendientes a producir una memoria corporal de las creencias y deseos, el control se dirigirá en cambio hacia el nivel mismo de los contagios psíquicos y desplegará allí operaciones de modulación capaces de crear una memoria espiritual de deseos y creencias incitadas desde la distancia.

Palabras clave: imitación, incitación, cerebro, moldeado, modulación, memoria corporal, memoria espiritual

^Φ Estudiante de Doctorado en Filosofía de la Universidad Nacional de Lanús (UNLa), Argentina. Licenciado y Profesor de Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Becario de la Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires (CIC). Título del Plan de Investigación: "Foucault. Un pensamiento situado en el umbral de las sociedades disciplinarias", dirigido por la Dra. Esther Díaz. Miembro del Proyecto de Investigación: "Problemáticas educativas, económicas, políticas y existenciales que dificultan el armado y la presentación de las tesis de posgrado en la Argentina", radicado en la Universidad Nacional de Lanús y dirigido por la Dra. Esther Díaz

Introducción: entre las moléculas, las vibraciones y los flujos

No debería producirnos culpa alguna el haber permanecido demasiado aferrados a una costumbre y una creencia tenaz y persistente, una costumbre que durante mucho tiempo nos permitió descuidar los pequeños detalles para inclinarnos más bien en favor de los inmensos procesos que se instalaban por encima o por debajo de las sociedades. No debería pues producirnos culpa alguna, aunque resulte inevitable sentir cierto estremecimiento ante el hecho de que las grandes representaciones o las estructuras económicas de la más diversa índole hayan llegado a ocupar toda la capacidad de atención y todas las posibilidades del pensamiento. Nosotros diremos que ese estremecimiento indica en cualquier caso un problema fundamental, a saber: que la persistente costumbre, o si se quiere la creencia que definió y marcó a una época reciente, tiende a quedar atrás; y ello es así porque lo molecular y lo infinitesimal invade nuevamente nuestras convicciones y nuestras ideas, porque nos hace entender que gran parte de nuestra existencia obedece al detalle y la puntilliosidad. Siguiendo el legado de Michel Foucault y Gilles Deleuze, hemos intentado precisar en varias oportunidades las modalidades de ejercicio y de funcionamiento del poder que definen respectivamente a las “sociedades disciplinarias” y a las “sociedades de control”. En cada ocasión pudimos advertir que tales modalidades se encuentran constituidas por engranajes y procedimientos moleculares, en cada ocasión intentamos señalar también la serie de operaciones infinitesimales que recorren y diferencian a una sociedad y otra. Ahora bien, nuestra investigación nos condujo al encuentro de un extraño sociólogo de finales del siglo XIX, un sociólogo que no deja de privilegiar las minúsculas imitaciones de creencias y deseos. Se trata de nada más y nada menos que de Gabriel Tarde, se trata de un pensamiento que nos empuja a mirar los problemas abordados desde un ángulo tan diferente como complementario a las indagaciones que veníamos desarrollando hasta el momento. Tarde realiza una apuesta arriesgada y ciertamente insólita para su tiempo: internarse en el devenir de los flujos y las corrientes moleculares, sumergirse con el cuerpo y con el pensamiento en las profundas vibraciones que anulan todo trecho insalvable entre lo individual y lo social, y desde allí postular no sólo una nueva concepción, sino también una nueva experiencia de eso que llamamos sociedad. Hay que decirlo otra vez y repetirlo sin cansancio: el pensamiento de Tarde es mucho más que una simple elaboración de categorías y conceptos, es toda una manera de *experimentar* y de *vivir* la sociedad, es el punto en donde los conceptos cobran dinamismo y vitalidad. De ahí que aquel pensamiento se haya olvidado y relegado en favor de formulaciones más sólidas e inamovibles; de ahí también que sólo actualmente adquiera vigencia, precisamente cuando las vibraciones y los flujos moleculares no hacen más que atravesar y resquebrajar cualquier cosa sólida y estable que aparezca en su camino. Era necesario que se produjese una acumulación de conmociones menores, que la resistencia de las moléculas se desbordase en un caudal irresistible, que se suscitasen deseos y creencias novedosas, y que las marchas y contramarchas diesen paso a un tipo social diferente; era necesario, en una palabra,

que las sociedades de control cubriesen las posibilidades y las tendencias latentes para percatarnos de que, al fin y al cabo, siempre somos el resultado de emisiones y propagaciones de flujos.

1. Las imitaciones, los cerebros y las memorias colectivas

Hacia finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, la biología sostenía que el fenómeno vital más elemental pasaba por la repetición celular de ciertos modos de nutrición y actividad, así como también la física y la astronomía entendían que el éter, y en última instancia la materia misma, se encontraban compuestos por vibraciones atómicas transmitidas y reproducidas a través de ondulaciones. Pues bien, la osadía de Tarde consistía en aplicar dichos principios a la explicación de los fenómenos de asimilación e igualación propiamente sociales —y por supuesto, la aplicación en cuestión equivalía a dañar la hermosa totalidad del individuo y a atentar contra las consagradas leyes universales de desarrollo social en solo y único movimiento. Digamos enseguida que toda sociedad se constituye como tal cuando ciertas ideas y juicios, usos y maneras de proceder, costumbres y modas, tienden a circular entre un individuo y otro; más específicamente, toda sociedad siempre está hecha de “creencias” y “deseos” que se propagan en una infinidad de movimientos y corrientes moleculares: “La energía de tendencia psíquica, de avidez mental, que yo llamo deseo, es como la energía de avidez intelectual, de adición y constricción mental, que yo titulo creencia, la corriente homogénea y continua bajo la cual la variable coloración de los tonos de la afectividad propia de cada individuo circula idéntica, una veces dividida, desparramada, otras encauzada, comunicándose de uno a otro individuo como también de una percepción a otra percepción sin alteración alguna”.¹ Mientras que las vibraciones atómicas y los procesos celulares se propagan respectivamente a través de la ondulación y la herencia, las creencias y deseos, que después de todo son también vibraciones y energías, fluyen mediante un modo de transmisión que Tarde denominará como “imitación”. Cada vez que el individuo habla y actúa, que escucha conversaciones e interviene en discusiones, cada vez que participa en eventos de la más diversa índole y tamaño o que se desplaza a lo largo de un medio social determinado, no hace otra cosa más que recibir y transmitir flujos de creencias y deseos.

La imitación es el flujo mismo, es la creencia y el deseo en movimiento. Quizá convenga señalar que aquí se trata de una sola cosa, dado que no existe diferencia alguna entre la imitación, las creencias y deseos, y los flujos o movimientos. En efecto, toda propagación de creencias y deseos implica una impresión o una reproducción de la articulación verbal escuchada, del acto observado, de la idea admitida y, más generalmente, del modelo que el individuo copia. Entre un lado y otro, entre el polo que emite y el polo que recibe, hay una infinidad de pequeñísimos movimientos que quedan impresos y vuelven a propagarse. Pero a pesar de que en

¹ Tarde, Gabriel, *Estudios Sociológicos*, Córdoba, Ediciones Assandri, 1961, p. 35.

todo momento contemple agitaciones y vibraciones infinitesimales, este modo de propagación o de contagio jamás se reduce a las ondulaciones y las interacciones celulares; antes bien, la imitación mantiene una especificidad fundamental, una especificidad que se observa en el hecho de que aquellas emisiones e impresiones son siempre mentales o espirituales.² A nosotros no nos llevaría demasiado esfuerzo advertir que precisamente por allí, por el nivel de las relaciones mentales o los contactos de un espíritu con otro, transitan y fluyen las creencias y deseos. Agréguese además que esas relaciones y contactos remiten en principio a un entramado de procesos cerebrales y tendremos entonces una comprensión más clara y más completa sobre los movimientos y las corrientes imitativas. Tarde ha querido concebir al cerebro como un órgano que se imita a sí mismo, es decir, como un órgano en donde los movimientos y flujos recibidos tienden a repetirse y propagarse siguiendo caminos y conexiones diversas; así también, ha señalado que tal imitación da lugar a la memoria mental y al hábito o memoria muscular.³ Dos postulados simples que a primera vista no encierran más que una doble correspondencia de movimientos: la correspondencia entre el cerebro y la imitación de flujos, y la correspondencia entre la imitación cerebral y la memoria y el hábito adquiridos. Sin embargo, todo ello se vuelve más prodigioso, pero no por eso menos sencillo y concreto, cuando apreciamos que los movimientos imitados constituyen flujos de creencias y deseos, y que la imitación cerebral genera consecuentemente una memoria y un hábito de los flujos en cuestión: “si la idea o la imagen recordada ha sido originariamente depositada en la mente por una conversación o una lectura, si el acto habitual ha tenido por origen la visión o el conocimiento de una acción análoga de otro, esta memoria y este hábito son hechos sociales a la vez que psicológicos”.⁴ No hay, ni puede haber, memoria y hábito que aniden en algún rincón oculto del cerebro o que supongan una misteriosa función suya; por el contrario, bastaría entender que el cerebro imita deseos y creencias propagadas entre los espíritus para admitir inmediatamente que la memoria y el hábito, en tanto imitaciones cerebrales, se convierten en componentes de índole social y colectiva. De modo tal que la equivalencia indicada más arriba adquiere un nuevo término, puesto que a la imitación de creencias y deseos viene a sumarse ahora una memoria y un hábito que también tienden a fluir y propagarse. Dicha equivalencia es la condición que posibilitará el recorrido del camino que sigue, el camino que nos permitirá precisar la manera en que la disciplina y el control intervienen en los flujos de creencias y deseos. Ha llegado entonces el momento de desplegar los términos y nociones que acabamos de plegar.

² Cfr. *Ibíd.*, p. 141.

³ Cfr. Tarde, Gabriel, ¿“Qué es una sociedad?”, en Tarde G., *Creencias, deseos, sociedades*, Buenos Aires, Cactus, 2011, pp. 51-52 y pp. 65-66.

⁴ *Ibíd.*, p. 52.

2. Las disciplinas, los moldeados y las memorias del Panóptico

¿Cuál puede ser el principio y el resultado de los mecanismos disciplinarios sino la propagación, imitación y adquisición de un hábito o memoria corporal? ¿En qué consiste, decimos nosotros, la descomposición y la analítica del cuerpo sino en cierto modo de acción entre molécula y molécula, en cierto modo de propagar flujos de creencias y deseos? Foucault no se equivocaba cuando sostenía que la disciplina *tiende* hacia lo incorpóreo, cuando subrayaba el hecho, ya indicado por Bentham, de que en última instancia la disciplina otorga al espíritu un poder sobre el espíritu.⁵ Se trata, evidentemente, de un modo de propagación muy especial, un modo cuya mecánica interviene primero en el cuerpo para dirigirse después a las virtualidades del espíritu. Se trata de ingresar en el nivel de los pequeños movimientos, los gestos apenas observados o las desviaciones nacientes, y actuar aún antes de que los errores y las faltas alcancen a cometerse. Se trata de que el cuerpo reciba una presión tan infinitesimal como ininterrumpida, de que los efectos tiendan a encadenarse y sucederse unos a otros hasta el punto en que el poder no tenga la necesidad de intervenir directamente.

De alguna manera, la imitación y la propagación de deseos y creencias, o más precisamente la vivacidad que ambos adquieren en las concentraciones multitudinarias, ha sido uno de los problemas que desde el comienzo animaron y movilizaron a los mecanismos disciplinarios. Según Tarde, la multitud se define como un haz de contagios psíquicos producidos fundamentalmente por contactos físicos.⁶ Esta clase de contactos garantiza que cualquier idea, que cualquier acción o intensión propagadas a través del cuerpo amorfo de la multitud, cobren una fuerza y una intensidad de proporciones desmesuradas e impredecibles. Al ilustrar las “emociones del patíbulo” suscitadas durante los rituales de suplicio, Foucault da cuenta por su parte del importante papel que las concentraciones multitudinarias jugaron en todo el proceso de transformación de las estrategias punitivas.⁷ Si bien es cierto que el objetivo de semejantes rituales consistió siempre en atraer y aterrorizar a las multitudes, en hacerlas partícipes de las condenas y en brindarles el ejemplo de aquellas acciones e ideas que no debían imitar ni llevar a cabo, también lo es que a partir del siglo XVII los suplicios fueron cada vez menos tolerados y que incluso llegaron a producir efectos contrarios a los esperados. En otras palabras, los rituales de suplicio, que debían manifestar a un tiempo el horror del crimen y el invencible poder punitivo del soberano, no hacían más que acercar a las multitudes expectantes y a los condenados: “La solidaridad de una capa entera de la población con quienes podríamos llamar pequeños delincuentes –vagabundos, falsos mendigos, indigentes de industria, descuideros, encubridores, revendedores– se había manifestado muy

⁵ Cfr. Foucault, Michel, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, p. 209; Foucault, Michel, *El poder psiquiátrico. Curso en el Collège de France (1973-1974)*, Buenos Aires, FCE, 2008, p. 97; Foucault, Michel, *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, Gedisa, 2011, p. 103.

⁶ Cfr. Tarde, Gabriel, *La opinión y la multitud*, Madrid, Taurus, 1986, pp. 43-44 y p. 64 y ss.

⁷ Cfr. Foucault, Michel, *Vigilar y castigar*, op. cit., p. 62 y ss.

persistente: la resistencia al rastreo policiaco, la persecución de los soplones, los ataques a la ronda o a los inspectores lo atestiguaban”.⁸ Desde su misma indefensión y sufrimiento, los condenados demostraban una extraordinaria fortaleza ante un poder amenazante y carente de medida; como menciona Foucault, ellos se convertían en héroes que acarreaban detrás de sí a la memoria de las luchas y los enfrentamientos, en ejemplos de la grandeza que ningún poder lograba doblegar. Todo un flujo de creencias y deseos que demostraba y acrecentaba la necesidad de dirigirse al basamento mismo de la sociedad, todo un flujo que conducía a intervenir el nivel de los contactos físicos y casi microscópicos para evitar así la imitación y propagación de esos ilegalismos moleculares y corrosivos, de esas peligrosas corrientes de imitación cuya marcha arrasadora disolvía a un pilar elemental del poder soberano. Pero tenemos aquí tan sólo un caso, porque resulta obvio que diferentes problemas y conflictos puntuales derivaron gradualmente en la implementación, el desarrollo y extensión de los mecanismos disciplinarios.⁹ Sea como fuere, la cuestión fundamental consiste en observar el hecho de que las disciplinas garantizan ciertas imitaciones y contrarrestan otras tantas. ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo es que las disciplinas permiten el influjo de un espíritu sobre el espíritu actuando primero en el nivel de los contactos y microcontactos físicos? La pregunta nos empuja a indagar rápidamente la modalidad de funcionamiento que define al poder disciplinario.

Más arriba señalábamos que la disciplina separa, analiza y deferenencia a los movimientos y gestos minúsculos del cuerpo, que ejerce en él una presión infinitesimal e ininterrumpida mediante la cual los efectos tienden a encadenarse y sucederse entre sí; agreguemos ahora que dichos procedimientos son propios de las “operaciones de moldeado”, de las operaciones que conducen hacia la adquisición de un hábito o memoria corporal.¹⁰ El molde ejerce presión en el cuerpo, produce el intercambio recíproco de sus movimientos, contribuye a que la acción y la relación molécula a molécula alcance gradualmente un equilibrio capaz de reproducirse en el transcurso del tiempo. Por lo demás, la arquitectura y el funcionamiento del Panóptico de Bentham demuestran que no estamos intentando aplicar ningún tipo de metáfora. Allí se advierte de inmediato que aspectos tales como la distribución de

⁸ *Ibíd.*, p. 68.

⁹ Cabe añadir aquí que los mecanismos disciplinarios se implementaron también bajo la imperiosa necesidad de proteger una riqueza que ya no se acumulaba en forma monetaria, sino que más bien tendía a distribuirse en el espacio como capital industrial y agrícola: “Los sectores pobres de la población, gentes sin trabajo, tienen ahora una especie de contacto directo, físico, con la riqueza. (...) y justamente el gran problema del poder en esta época es instaurar mecanismos (...) que permitan la protección de esta nueva forma material de fortuna”. Foucault, Michel, *La verdad y las formas jurídicas*, op. cit., p. 119.

¹⁰ Para una aproximación a las nociones de “moldeado” y de “modulación”, véase Simondon, Gilbert, *La individuación a la luz de las nociones de forma y de información*, Buenos Aires, La Cebra y Cactus, 2009, pp. 47 y ss.; Deleuze, Gilles, *Pintura. El concepto de diagrama*, Buenos Aires, Cactus, 2007, p. 143-145 y p. 151 y ss.; Méndez, Pablo M., “Deleuze: ¿qué es la modulación?”, en *I Jornadas “Gilles Deleuze”. Pensar con y desde el arte*, Mar del Plata, Grupo de Investigación Escritura y Productividad, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata, junio de 2011.

los cuerpos en celdas o compartimentos separados, el establecimiento de la verticalidad y la anulación de las posibles lateralidades entre las miradas, la creación de todo un juego de visibilidades y, en fin, las puntuales y sucesivas tareas que acompañan el diseño mismo del Panóptico, obedecen siempre al objetivo de impedir que las creencias y deseos tienden a imitarse y propagarse de una manera horizontal. Que el niño no imite al mal alumno, que el obrero no repita las distracciones de sus compañeros poco capacitados o adopte las ideas de los más rebeldes, que el detenido no aprenda nuevas maneras de delinquir durante el cumplimiento de su condena: he aquí el principio básico que orientaba la aplicación del esquema panóptico en las escuelas, las fábricas y las prisiones. Los espacios reducidos de ese esquema ejercen una presión continua en el cuerpo, funcionan como moldes sobre cuyos bordes se produce el choque y el rebote de los movimientos emitidos, hacen que las moléculas reverberen y entren en un estado de resonancia interna o en una relación consigo mismas. Podemos servirnos de nuestros términos y concebir al proceso en cuestión del siguiente modo: choque y rebote, reverberación y resonancia interna, son precisamente imitación cerebral de la presión ejercida por los espacios del Panóptico, son adquisición gradual de un hábito o memoria corporal de las operaciones de moldeado. Podemos concentrarnos en los problemas anteriormente señalados y decir también que los moldes o espacios reducidos se montan con el objetivo de detener los flujos o contra-imitaciones siempre latentes, siempre posibles, que aparecen tanto dentro como fuera de las instituciones.¹¹ Podemos retomar nuestras afirmaciones iniciales y percatarnos finalmente de que el hábito alcanzado pertenece a un espíritu dispuesto a recibir y a ejecutar sin demora los preceptos y mandatos, las creencias y deseos, emitidos por otro espíritu. Así pues, la modalidad de funcionamiento del poder disciplinario queda demarcada y precisada en cada una de sus etapas: hay que apuntar primero hacia el nivel de los contactos físicos que generan contagios psíquicos, cortar de inmediato esos contactos, introducir después a los cuerpos en el sistema de presión infinitesimal provisto por los espacios reticulares del Panóptico, y obtener luego una imitación cerebral que reproduzca las diferentes instancias del proceso. Si nos detenemos a observar que el hábito resultante se compone de aptitudes y disposiciones muy particulares, como la costumbre de sentirse continuamente observado, la idea de que las tareas deben realizarse de una manera gradual y pautada, la intención de que los esfuerzos emprendidos confluyan en el equilibrio y la estabilidad, la fe en el progreso y la certidumbre de que las cosas marcharán por su propio cause, entenderemos también que la disciplina no es algo que viene a imponerse desde afuera, sino más bien una creencia y un deseo que

¹¹ “La seguridad del interior está perfectamente establecida, ya por el principio mismo de la inspección, ya por la forma de las celdillas, ya por el aislamiento de la torre de los inspectores, ya por lo estrecho de los pasillos, y por otras mil precauciones absolutamente nuevas, que deben quitar a los presos la idea misma de una sublevación y de un proyecto de evasión (...). La seguridad de fuera se establece por una especie de fortificación que da a esta plaza toda la fuerza que debe tener contra una insurrección momentánea y contra un movimiento popular”. Bentham, Jeremy, *El Panóptico*, Madrid, Las ediciones de La Piqueta, 1979, pp. 40-41.

tienden a imitarse y propagarse mediante la aplicación del Panóptico. Más aún, al ubicarnos en el límite de todo ello, advertimos que el Panóptico aparece pronto como un esquema o modelo transferible e imitable: “El esquema panóptico, sin anularse ni perder ninguna de sus propiedades, está destinado a difundirse en el cuerpo social; su vocación es volverse en él una función generalizada”.¹² La difusión y generalización del Panóptico, la conformación y extensión de una red más o menos densa de espacios reducidos y reticulados, el encadenamiento y la articulación entre los mismos, se corresponde punto por punto con la emergencia de las sociedades disciplinarias. Convendría parafrasear a Deleuze y finalizar entonces este apartado sosteniendo que las sociedades disciplinarias llegan a constituirse como tales cuando las operaciones de moldeado transportan ciertas relaciones de similitud que gradualmente darán lugar a una analogía común de creencias y deseos.¹³ Hemos recorrido un trecho bastante largo del camino, ahora resta sumergirnos en los flujos y corrientes que erosionaron a aquellas sociedades y desde allí precisar el carácter de los dispositivos y las operaciones que constituyen a las sociedades de control. Fue tal vez Tarde, y seguramente más adelante Foucault, quienes a su modo nos brindaron las pautas para iniciar todo ese movimiento.

3. Los controles, las modulaciones y las memorias de las incitaciones

Preguntémosnos qué ocurriría si la imitación se desprendiese de los contactos físicos y las aglomeraciones humanas, tratemos de intuir durante algunos instantes a una “multitud virtual” por cuyo cuerpo a-orgánico y etéreo fluyen creencias y deseos que se propagan a grandes velocidades y distancias, pensemos certeramente en semejante suceso y estaremos vislumbrando, junto con Tarde, al problema que anima y moviliza el desarrollo y la aplicación de los dispositivos de control. Pero de momento, resulta necesario observar los procesos específicos y sostener que la multitud virtual se encuentra en verdad más al final que al comienzo de una tendencia que ya estaba presente en las sociedades disciplinarias y que tanto llamó la atención de Tarde, una tendencia que define a aquellas interacciones o asociaciones espirituales que suelen ser denominadas bajo el nombre de “público”: “Se ha hecho la psicología de las multitudes; queda por hacer la psicología del público entendido en este otro sentido, es decir, como una colectividad puramente espiritual, como una diseminación de individuos, físicamente separados y cuya cohesión es por completo mental”.¹⁴ El surgimiento del público implica que las corrientes de creencias y deseos se transporten a distancia, mientras que el transporte a distancia requiere a su vez del desarrollo de tecnologías que emitan vibraciones y flujos en espacios amplios y abiertos. Se trata primero de la prensa escrita y después de la radio, el cine, la televisión, la telefonía y la *net*. Se trata también de concebir al público y a las

¹² Foucault, Michel, *Vigilar y castigar*, op. cit., p. 211.

¹³ Cfr. Deleuze, Gilles, “Post-scriptum sobre las sociedades de control”, en Deleuze, G., *Conversaciones*, Madrid, Editorial Nacional, 2002, p. 196; Deleuze, Gilles, *Pintura. El concepto de diagrama*, op. cit., p. 133.

¹⁴ Tarde, Gabriel, *La opinión y la multitud*, op. cit., p. 43.

tecnologías que lo vuelven posible como tendencias latentes que sólo cobran fuerza cuando las sociedades disciplinarias entran en crisis.

La década de 1960 asistió sin duda a toda una irrupción de movimientos moleculares marcados por el desencanto y el rechazo ante la disciplina y la simultánea formulación de nuevas creencias y deseos. Tal como señalan Antonio Negri y Michael Hardt, el régimen disciplinario no lograba contener los deseos de los jóvenes, las exigencias de los trabajadores del Tercer Mundo, las críticas de las agrupaciones feministas y de un sinnúmero de sectores que hasta ese momento permanecían ocultos e invisibilizados. Emergía así toda una serie de prácticas, de ideas y de resistencias que se propagaban rápidamente y que confluían en una lucha común de colectividades espirituales propensas a imitarse entre sí: “La resistencia y la iniciativa del proletariado de los países subordinados resonaba como un símbolo y un modelo, tanto para las autoridades como para el proletariado de los países capitalistas dominantes”¹⁵. De modo que se hacía necesario intervenir en el nivel de los procesos e interacciones que permitían y posibilitaban el transporte a distancia de creencias y deseos; se hacía necesario, una vez más, garantizar ciertas corrientes de imitación e impedir al mismo tiempo la propagación de otras tendencias incipientes. El problema de aquella época era por demás evidente: la acción de los mecanismos disciplinarios resultaba ineficaz y ciertamente inútil toda vez que la cohesión espiritual partía de contagios psíquicos que llegaban a prescindir de todo contacto corporal. Las palabras de Maurizio Lazzarato expresan el problema antedicho en un sentido similar: “El ‘público’ no es un hecho social estático reducible a un organismo, sino una variación, una tendencia, un devenir. No podrá ser adiestrado en un espacio cerrado como sucede con una multiplicidad poco numerosa (obreros, enfermos, prisioneros). La multiplicidad, en el público, tiende a volverse simultáneamente molecular e inmediatamente colectiva y a asumir la forma del flujo, de la variación, de la velocidad”¹⁶. Y bien, ¿cómo controlar a un público o colectividad espiritual que adquiere devenires impredecibles e imposibles de disciplinar? ¿Cómo impedir que sus interacciones y contagios susciten una multitud virtual, una multitud que incluso puede hacerse efectiva en cualquier momento y lugar? Si el primer procedimiento de la disciplina consistía en separar a los cuerpos y distribuirlos en espacios reticulados, el primer y principal instrumento del control reside en implementar y desplegar técnicas de estadística y de sondeo que distribuyan las tendencias de una gran cantidad de espíritus dispersos en espacios abiertos. Tarde menciona que la estadística busca y aclara cantidades verdaderas en la mezcolanza de los sucesos sociales, que reúne diferentes actos para apreciar sus creencias y deseos.¹⁷ De igual manera, Lazzarato agrega que la estadística y el sondeo traducen actos e

¹⁵ Negri, Antonio y Hardt, Michael, *Imperio*, Buenos Aires, 2003, p. 234.

¹⁶ Lazzarato, Maurizio, “Por una redefinición del concepto «biopolítica»”, trad. Marcelo Expósito, 1997, § 5. En: <http://consejistanarkista.blogspot.com.ar/2011/03/por-una-redefinicion-del-concepto.html> [marzo 2011]

¹⁷ Cfr. Tarde, Gabriel, *Estudios Sociológicos*, op. cit., p. 36.

intensidades con el objetivo de definir tendencias y variaciones sociales que serán utilizadas a la hora de regular lo aleatorio.¹⁸ Asimismo, y atendiendo a una serie de procesos más recientes y concretos, Foucault advierte el desarrollo de todo un sistema general de información que ya no apunta hacia la vigilancia de cada individuo, sino más bien a la necesidad de determinar tanto las tendencias que se consideren peligrosas como también el momento y el lugar en donde se debe intervenir.¹⁹ A nosotros nos queda por indagar el hecho de que la implementación y el despliegue de la estadística y el sondeo obedecen a una nueva modalidad de ejercicio y de funcionamiento del poder, una modalidad que implica fundamentalmente la puesta en marcha de “operaciones de modulación”. Estas operaciones no intervienen en el nivel de los contactos físicos ni ejercen presión alguna sobre los cuerpos; por el contrario, ellas se deslizan a través de las colectividades espirituales y actúan de un modo tal que las energías de cada espíritu tiendan a mantenerse en una controlada y continua variación. Intentemos describir el proceso de acuerdo a nuestros términos: antes que rebotes y reverberaciones, antes que resonancias internas y adquisiciones de un hábito corporal, hay aquí emisiones de vibraciones y movimientos moleculares que se propagan a grandes distancias, emisiones que sustituyen a la presión sobre el cuerpo por un sinnúmero de incitaciones dirigidas hacia las interacciones espirituales. De donde se sigue también una particular concatenación de efectos: en lugar de imitar aquella presión directa, el cerebro imita las emisiones a distancia; en lugar de un hábito o memoria corporal de las operaciones de moldeado, nos encontramos más bien con una memoria espiritual de las modulaciones y las incitaciones. Los datos y las mediciones estadísticas no sólo señalan las tendencias que las incitaciones propagan o repelen, sino que además se vuelven pronto incitaciones mismas, muestras variables y efímeras de las creencias y deseos que momentáneamente están en boga. Los dispositivos tecnológicos no sólo permiten la mera interacción y comunicación entre un espíritu y otro, sino también, y sobre todo, la emisión de consignas y modos de vida que gobernarán las fuerzas y las diferentes disposiciones de la memoria.

Tarde señalaba que la acción debe entenderse como la prosecución de una idea o como la adquisición de una fe estable.²⁰ Si semejante afirmación es cierta, convendría decir entonces que la memoria resultante de las operaciones de modulación implica que ninguna idea y que ningún deseo pasen completamente a la acción, que sus tendencias propias conducen a que los espíritus permanezcan atrapados en proyectos, objetivos e intenciones que nunca terminan de cerrarse. Y por su puesto, de allí no puede surgir una fe estable ni nada que se le parezca, porque la variabilidad de las incitaciones equivale a la variabilidad de las creencias y deseos, y la

¹⁸ Cfr. Lazzarato, Maurizio, “Por una redefinición del concepto «biopolítica»”, *op. cit.*, § 4.

¹⁹ Cfr. Foucault, Michel, “Nuevo orden interior y control social”, en Foucault, M., *Saber y verdad*, Madrid, Las Ediciones de la Piqueta, 1991, pp. 165-166.

²⁰ Cfr. Tarde, Gabriel, ¿“Qué es una sociedad?”, *op. cit.*, p. 52.

variabilidad de las creencias y deseos a un espíritu agobiado y carente de criterio. Ese espíritu abraza el valor de la flexibilidad, la adaptación al cambio y el oportunismo, él quiere probar todo al mismo tiempo y no soporta quedar rezagado o perder velocidad, no tiene paciencia para las cosas graduales o sucesivas y vive en la promesa de alcanzar la estabilidad y el equilibrio de un solo salto, no cree recibir las órdenes de nadie y sin embargo se encuentra continuamente dispuesto a ser incitado y sobreexcitado.

Bibliografía

- Bentham, Jeremy, *El Panóptico*, Madrid, Las ediciones de La Piqueta, 1979.
- Deleuze, Gilles, “Post-scriptum sobre las sociedades de control”, en Deleuze, G., *Conversaciones*, Madrid, Editorial Nacional, 2002, pp. 195-201.
- Deleuze, Gilles, *Pintura. El concepto de diagrama*, Buenos Aires, Cactus, 2007.
- Foucault, Michel, “Nuevo orden interior y control social”, en Foucault M., *Saber y verdad*, Madrid, Las Ediciones de la Piqueta, 1991, pp. 163-166.
- Foucault, Michel, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.
- Foucault, Michel, *El poder psiquiátrico. Curso en el Collège de France (1973-1974)*, Buenos Aires, FCE, 2008.
- Foucault, Michel, *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, Gedisa, 2011.
- Lazzarato, Maurizio, “Por una redefinición del concepto «biopolítica»”, trad. Marcelo Expósito. En: <http://consejistanarkista.blogspot.com.ar/2011/03/por-una-redefinicion-del-concepto.html> [marzo 2011]
- Méndez, Pablo M., “Deleuze: ¿qué es la modulación?”, en *I Jornadas “Gilles Deleuze”. Pensar con y desde el arte*, Mar del Plata, Grupo de Investigación Escritura y Productividad, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata, junio de 2011.
- Negri, Antonio y Hardt, Michael, *Imperio*, Buenos Aires, 2003.
- Simondon, Gilbert, *La individuación a la luz de las nociones de forma y de información*, Buenos Aires, La Cebra y Cactus, 2009.
- Tarde, Gabriel, *Estudios Sociológicos*, Córdoba, Ediciones Assandri, 1961.
- Tarde, Gabriel, *La opinión y la multitud*, Madrid, Taurus, 1986
- Tarde, Gabriel, *Creencias, deseos, sociedades*, Buenos Aires, Cactus, 2011.